

R I O T A J O

*(Fragmento de un libro a publicarse)*

POR

VICTORIO MACHO



**I**BÉRICO padre río que allá en el Renacimiento te imaginaron navegable y el genial Juanello, como un nuevo Moisés, ideó el mágico artilugio que hiciera subir tus aguas a la Imperial Ciudad; en cambio en nuestros días, al circundar la gloriosa Toledo, pareces un infeliz riachuelo y en las noches de niebla te conviertes en mensajero de tristes presagios y haces recordar la dantesca Laguna Estigia por la que se deslizara silenciosa la barca del remero Caronte.

¡Oh en otros tiempos poético río!, cuando a tu paso por la Imperial Ciudad hacías florecer y dabas hermosura y placidez a estas riberas que hoy no son sino miserables escombreras.

¿Qué fue de aquellas frondosas arboledas, de los gratos y remansados sotillos, del laurel y del arrayán, de los almendros, albaricoques y morenas que engalanaban tus laderas? ¿Qué fue de las murmuradoras fuente-cillas de égloga cantadas por Garcilaso de la Vega?

Corrientes aguas, puras, cristalinas;  
árboles que os estáis mirando en ellas;  
verde prado de fresca sombra lleno;  
aves que allí sembráis vuestras querellas;  
yedra que por los árboles camina  
torciendo el paso por su verde senda,  
yo me vi tan ajeno del grave mal que siento  
que de puro contento  
con vuestra soledad me recreaba  
o con el pensamiento discurría  
por donde no hallaba  
sino memorias llenas de alegría.

¡Oh propicio lugar parnasiano de nuestro Siglo de Oro, donde dialogaran Cervantes, Lope de Vega y Tirso de Molina, Domenico Theotocó-

puli (*El Greco*), los Covarrubia y Alonso Berruguete, los místicos Santa Teresa y San Juan de la Cruz e insignes purpurados, sabios e historiadores!...

Pero ¡ay Toletum, gloriosa Toledo, celebérrima Corte de las Españas..., luminar del mundo antiguo..., sede de la sabiduría, de la ciencia y el arte!..., ¿qué fue de ti?

¡Oh ibérico río, caudalosa arteria vital que riegas y fecundas la tierra hispánica desde sus orígenes!

Río Tajo, otrora alegre y casi humanizado río que venías triunfal y generoso a través de la hermosa, ancha y dorada vega poblada de blancos caseríos y de huertas de aromáticos frutales, y llegabas juvenil, transparente y engalanado de murmurante gracia y frescor hacia el magnífico Puente de Alcántara y pasabas ufano el imponente roquedal del Alcázar y reflejabas como un límpido cristal la silueta almenada del castillo de San Servando y la ermita de la Virgen del Valle, y esas enhiestas rocas fronteras a este mi hogar—por milagro tan intacto como las formó la madre Naturaleza—, sobre las que se yergue y destaca como un ara campesina la ermita de la Virgen de la Cabeza; y seguías a través de los arrogantes arcos medievales del grandioso puente de San Martín—uno de los más bellos del mundo que vieran mis ojos—, hermosa joya arquitectónica en riesgo de destrucción si no se pone remedio...

En cambio hoy tu ímpetu es refrenado por esas isletas formadas por pedruscos y hierbajales que surgen junto a los nobles vestigios ibéricos, romanos, visigóticos, árabes, medievales y renacentistas, sobre los que has de saltar para seguir hacia donde de nuevo se ensancha tu cauce entre los serenos olivares, viñedos, encinares y robledales de estas hermosas y fecundas tierras.

Y, quedando atrás los residuos ciudadanos que cegaban y refrenaban tu fabuloso brío, al fin respiras feliz, como purificado, gozoso de tu fuerza, y, reflejando los clásicos cigarrales y la luz de los cielos, sigues cantarín hacia la mar...; no para morir, como escribiera con pluma de oro mi paisano Jorge Manrique, sino más bien para renacer con mayor aliento al unírte y confundirte con las aguas salobres del inmenso Océano.

Y así, como llevado por ese misterio de verdad, ensueño y mito de la razón de la sinrazón hispano quijotesca inspirada por la genialidad, llegaste, hermano río, hasta la impúber y virginal América como mensajero de mi raza para injertar en sus entrañas la raíz de nuevos y fecundos árboles genealógicos y crear otra Toletum y tantas ciudades y seres que hablan el castellano de Cervantes y ostentan con orgullo nombres y apellidos de la Madre España.

Pero ahora, ¡oh fatigado río!, ¿qué será de ti? Si, pese a tu prestigio y fama, dijérase que estás desilusionado y te asfixias en el cenagoso pozo del que surge este glorioso altar ibérico que va convirtiéndose en sagrada necrópolis de la Historia expuesta a desaparecer sin apenas dejar rastro por más que la nombren con orgullo monumento nacional y tropiezas con los obstáculos producidos por esas escombreras que van estrangulando día a día, hora a hora y minuto a minuto tu generoso y bienhechor impulso.

¡Oh, romántico y pródigo río que llegas de tan lejos! Dijérase que estás condenado a convertirte en un arroyuelo cenagoso si tu Creador no lo remedia.

¡Pobre río! Desde lo alto de esta “Roca Tarpeya”, “Nido de águilas” como la llamó un poeta por su altura abismática sobre tu corriente, en mis horas de insomnio siento ese tu respirar anhelante que me recuerda el ritmo de aquel mar Pacífico que tanto escuché en el Perú.

Pero, ¡ay, hermano y confidente río!, por tanto verte desde lo alto de esta roca donde vine a anidar con mi esposa Zoilita y ser tu constante y amoroso vigía, bien me sé que llegará esa hora postrera en que al cabo del mucho soñar despierto, vencido al fin por la amarga desilusión de haber caminado tanto tiempo entre sombras y fantasmas, harto de farsas, envidias e injusticias, me dejaré llevar en tu rumorosa corriente como un naufrago de imposibles, ya que, confieso mi pecado —del que no me arrepiento—, la pasión por el Arte me hizo ambicionar aquello que por tan alto pocos alcanzan, y serán tus brazos la dulce y blanda cuna de mi muerte y resurrección a nueva vida; y así..., mecido en ellos, iré hacia ese eterno mar de misterioso fondo que a todos nos espera, recitando en un tremendo soliloquio —cuyo eco sólo tú habrás de percibir— aquellas in-

mortales coplas manriqueñas que nos hacen recordar que “nuestras vidas son los ríos...”

Pero en tanto mi reloj de arena me deje sentir el latido del corazón y circule sangre por las venas de este mi barro, mientras que mis ojos vean la luz y se deleiten en la pura belleza y puedan leer obras inmortales, y mis oídos perciban los eternos e infinitos sonos musicales de la Naturaleza y esta mi boca tenga sed y hambre de vida, mi garganta sienta el deseo de cantar cuando labro el mármol o cincelo el bronce y mi mente sea capaz de admirar e interpretar con humilde religiosidad la portentosa obra del Supremo Creador y Maestro..., aquellas hermosas coplas elegíacas de mi paisano Jorge Manrique sólo habrán de parecerme las filiales y conmovedoras lamentaciones que escribiera a fines del siglo xv el más genial poeta de Castilla.

Río Tajo..., río Tajo..., río Tajo..., que vas a dar a la mar..., sigue ese tu imaginario y simbólico destino, al que nunca llegarás ya que siempre estás naciendo, y, en tanto, que yo te contemple y te sienta pasar desde la ribera de la vida; y aunque en mis horas de desvelo y melancolía te acompañe un trecho, déjame aquí un tiempo más entregado a mi labor de escultor modelando estas criaturas de barro que pretenden humanizarse, cincelando bronce y labrando piedras y mármoles, ideando, abocetando y componiendo formas titánicas y trazando arquitecturas que acaso no veré materialmente realizadas... Pero no me llames aún, hermano río, no me apresures..., que antes de seguirte definitivamente habré de cumplir la noble y bella misión que el Supremo Creador concedió a mi alma.

*Toledo, invierno de 1957.*